

## La mirada del kiwi

La kiwesa anda de caza. Lo sé por la manera en que su mano derecha posa la taza de café en el plato, dedo meñique extendido, al tiempo que la mano izquierda voltea su melena, de subido tono melocotón. Me lo confirma la pintura de guerra de sus labios, rojo guindilla, y la sombra, cereza picota del Jerte, de sus párpados. Creo que ha detectado la presa. Le ha dedicado un irresistible cruce de piernas y se acaba de quitar el chal, mostrando una camiseta de Carolina Herrera, verde pera de agua, ajustada, muy ajustada contra sus dos melones Bollo, maduros, en sazón, naturales, muy naturales y dulces, muy dulces. Algo que yo ¡ay! lo sé bien. Frutos de un escaparate magnético que buscan dejarse palpar, catar, calar, acariciar, chupar y hasta jugar. Alegres, desafiantes, tersos, seguros de sí mismos y de su poderosa fuerza de atracción.

La víctima ha caído en el enredo de su seda hipnótica. No tiene escapatoria.

–Camarero otro café –. Ruido de tazas, cucharillas contra la porcelana, ¡uuuyyys! de balones que casi entran

–Sacarina por favor.

La mirada verde maorí de la kiwesa taladra el ambiente hacia un grupo de mesas, al fondo del local. Desde mi posición no puedo distinguir al receptor de sus letales mensajes. Una pareja, atenta al partido, se interpone en el camino. Decido abrirme hacia la barra y tratar de observar la escena desde el altozano de un taburete, en la penumbra, desenfocado de la televisión frente a la que se congrega la parroquia. Con la atención de un cámara profesional de los documentales de la dos filmando a una leona al acecho de un ñú, o de una cría de ñú, quién sabe. En una de las mesas del fondo hay una cría, sí. De humano. Un chaval joven. A los dos segundos lo descarto: sus dos pulgares castañetean sobre la pantalla del móvil, de la que no despega los ojos, ignorante del peligro que le sobrevuela y de sus diestras maniobras de aproximación. De las dos mesas que quedan, una acaba de quedarse vacía. La señora que la ocupaba ha venido a pagar su chocolate con churros cerca de mi posición.

–¡Vaya!, no sabía que había partido –. Tres euros contra la barra.

–Me voy porque aquí una no puede ni siquiera pensar –. El medio euro de vuelta golpea sobre el platillo de aluminio de los cambios.

–Disculpe doña Teresa. Es que es la final.

La presa, esta vez, me sorprende. Sé que la kiwesa no le hace ascos a nada. A nada salvo a menores. Ella tiene dos crías. Y piensa en ellas. Piensa tanto en ellas que, en su trabajo, concilia: ya se le puede ofrecer el oro de la Reina de Saba, o el de Salomón, que como la propuesta le impida comer con ellos, o llegar a casa más allá de las seis de la tarde, cuando salen del colegio, no hay nada que hacer. Y, por supuesto, de las noches ni hablar. La kiwesa concilia. Lo sabemos todos sus íntimos. Pero ahora está en tiempo de trabajo y yo me he apartado, discretamente, para no interrumpirle el lance. En la penumbra de las candilejas rojas del

extremo de la barra hago como que miro el partido. Pero el partido televisado se me da una higa. No me interesa. Sólo de ciento en viento, en alguno, se ve un recuerdo de arte en el intercambio del balón. Sólo de ciento en viento salta la chispa de la seducción en ese juego.

El juego de miradas de sus kiwis, los sugestivos, y sucesivos, cruces de sus largas piernas de piel de melocotón, por debajo de su falda amarilla de plátano de Canarias, sus carnosos labios de tomate raf en sazón, las cerezas de sus pezones apuntando al objetivo, su pose, su juego de hombros, su melena de combate, todo en ella, su aspecto, sus maniobras de llamada de atención, todo se concentra en su sorprendente objetivo: una pareja de abuelos. Él con la mirada perdida, absorto, ido. Ella, sujetándole tiernamente la mano, activa, participando del juego seductor de las miradas de caza de la kiwesa.

La kiwesa no le hace mohines a nada, ni a nadie. Salvo a menores. La kiwesa concilia. La kiwesa sale del local. Sus presas, detrás. La abuela, que lleva el aire de los triunfadores, de cazador con pieza, guía de la mano al abuelo, que camina inerme, perdido. El gentío del local vibra con el gol de la selección.

—Camarero otro yintoni de mg.

—¿Cargado como siempre?

—Todo lo que quepa. Necesito apagar las brasas.

La kiwesa tiene un sueño. Una frutería. Retirarse y una frutería. Tiene ya ojeado el local y casi todo el dinero. Si la temporada va como espera, será la última. No le hace ascos a nada, la kiwesa. Y no se casa con nadie. Con una vez ya tuvo bastante. Eso me ha contestado todas las veces que se me ha ocurrido plantearlo.

El partido se alarga. Hay prórroga. Todavía no se sabe el vencedor. Ni la víctima. Yo continúo prorrogando mi yintoni. Los ojos de la kiwesa me miran a través de la rodaja de limón de la frutería que quiere poner. Llegan los penaltis. Va a haber una víctima inmediata. No quiero mirar y entierro mi cabeza entre los brazos. Sobre la barra. Me amodorro y sueño. Alguien coge un taburete y se sienta a mi lado. Es ella, me asalta su aroma. Levanto la mirada. Hay ya un triunfador. Las lágrimas de sus víctimas salpican la pantalla.

—¿Sabes? Mañana firmaré el traspaso de la frutería.